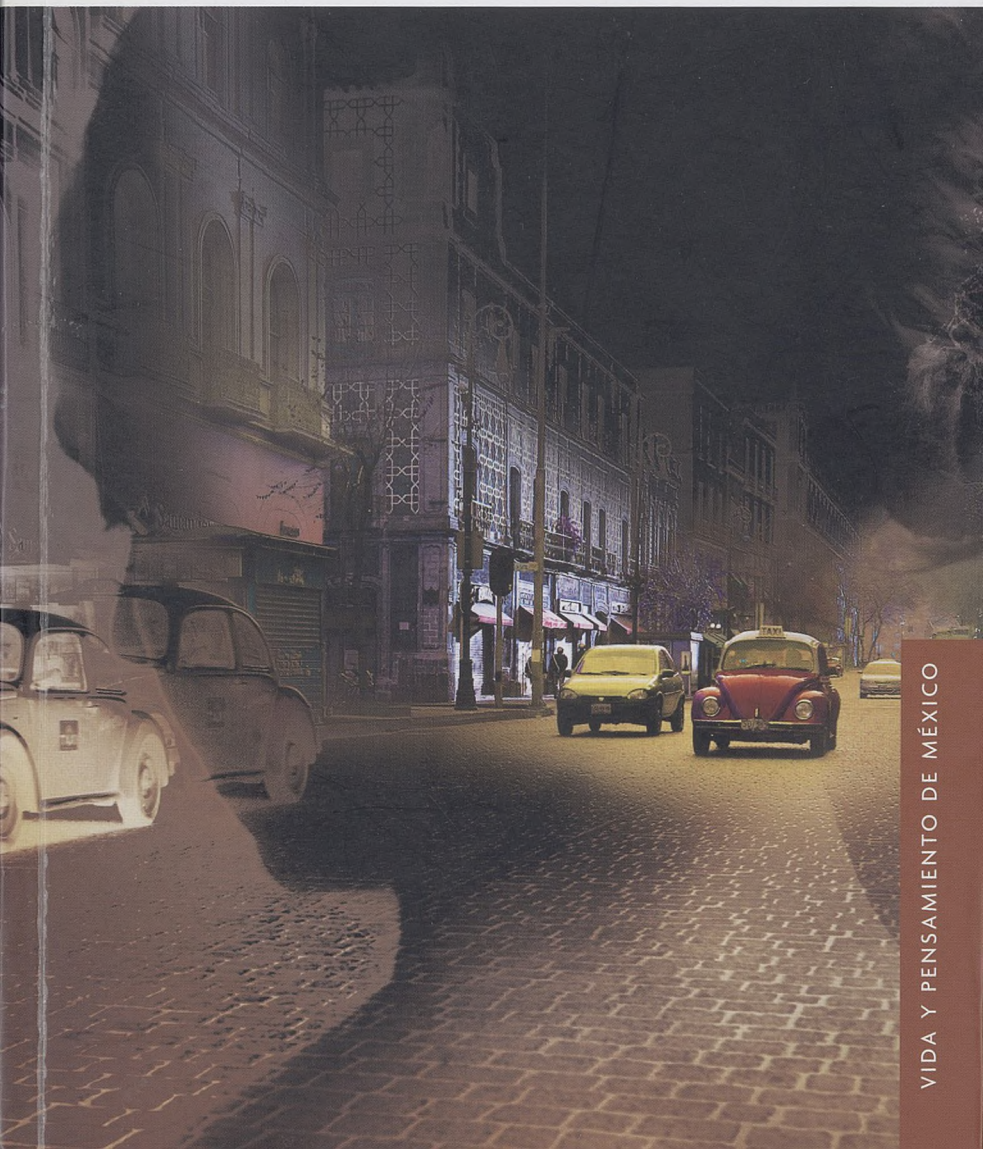
Amor de ciudad grande

Vicente Quirarte



VIDA Y PENSAMIENTO DE MÉXICO

I. DON QUIJOTE CABALGA EN ANÁHUAC

Dos fechas en la vida de Miguel de Cervantes Saavedra marcan su relación más intensa, una probable, otra real, con nuestro mexicano domicilio. La primera es el 21 de mayo de 1590, cuando a los 43 años de edad envía la carta en la cual solicita una de las cuatro plazas vacantes en las Indias. La segunda es el día de 1605 en que llegan a México los primeros ejemplares de *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* y, de tal manera, Cervantes logra su objetivo de llegar al otro lado de la que el poeta llamara, en homenaje al lugar común, "mar salobre".

Todo cuanto se sabe sobre la vida de Cervantes pareciera haber sido dicho y escrito. Sin embargo, y por fortuna, todo puede ser conjetural, todo admite la lectura múltiple y fecunda que nos enseña su inagotable libro y la no menos heroica existencia de su autor. Las siguientes líneas esbozan la historia tanto del posible viaje de Cervantes al Soconusco como la llegada de su criatura a tierras mexicanas.

Los quince años que separan las fechas antes mencionadas son definitivas en la biografía de nuestro autor. En lucha contra las adversidades, apuesta todas sus cartas —ya que la enviada al rey no tuvo respuesta favorable— a otra escritura. Esa que sufre exclusivamente las traiciones de su creador. Sin embargo, porque es de la pluma de Cervantes, y porque habla del hombre anterior al Quijote, importa citar un fragmento de tal epístola:

> [Miguel de Cervantes] Pide e suplica humildemente, quanto puede a V. M., sea servido de hacerle merced de un oficio en las "Indias" de los tres o quatro que al presente están vacos,

> que es el uno la Conthaduría del nuevo Reyno de "Granada", o la Governación de la Provincia de "Soconusco" en "Guatimala", o Conthador de las Galeras de "Cartagena", o Corregidor de la Cibdad de la "Paz"; que con cualquiera de estos oficios que V. M. le haga merced, la rescebirá, porque es hombre ávil e suficiente e benemérito, para que V. M. le haga merced; porque su deseo es acontinar siempre en el servicio de V. M., e acavar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello rescebirá muy gran bien a merced. —En "Madrid" a 21 de Mayo de 1590.[1]

Es necesario leer entre líneas y en varios niveles esta solicitud humillantemente autobiográfica, donde Cervantes se ve en la obligación de calificar sus propios méritos. Sin embargo, al mismo tiempo se trata de una autorreflexión conmovedora y orgullosa de quien ha servido a su país con la entrega y la fe con que lo hará su hidalgo manchego: prolongación del sueño de la andante caballería; la hazaña leída y llevada al terreno de la realidad. Quien la escribe es un Miguel de Cervantes que aún no encuentra su voz pero ya ha experimentado los ritos de paso que después llevarán a cabo varios de sus personajes: la difícil e interrumpida educación formal, la vida militar, el cautiverio, el fantasma tangible y pertinaz de las deudas económicas. Y una novela pastoril, *La Galatea*, que será la obra predilecta del autor, opacada por su hermano mayor. Cervantes fue un escritor de maduración tardía. No obstante, sin el difícil aprendizaje vital, sin los obstáculos de su juventud y primera edad adulta, no hubiera hecho acopio del arsenal emotivo que lo condujo a la escritura de su obra.

Como su futuro Sancho Panza, el Cervantes de 1590 pretende, en cierta medida, encontrar su ínsula. Al enfrentarse a la burocracia de su tiempo, universal y lenta en to-

das las edades, acaso hubiera tenido que pronunciar la plegaria de Sancho cuando, agobiado por las restricciones que le impone su difícil condición, anhela volver a la paz de su ocio. A partir de la posibilidad de que Cervantes hubiera solicitado llegar a México, un grupo de investigadores del Archivo General de la Nación, encabezado por Carlos Román, ha emprendido la investigación titulada *El Soconusco cervantino: cartografía de una encomienda imaginaria*, la cual habré de detallar posteriormente.

Durante su intensa estancia sevillana, Cervantes tuvo oportunidad de escuchar sobre la leyenda de la riqueza del Nuevo Mundo, que si tenía visos de realidad provocaría la ilusión y a veces la ruina de particulares y de imperios, como dos siglos y medio más tarde lo demostraría la frustrada aventura trasatlántica de Napoleón III. Gracias al trabajo de Pedro Piñero y Rogelio Reyes Cano, es posible establecer la geografía humana y literaria de Cervantes durante sus años en Sevilla. Y es precisamente en Sevilla donde nuestro autor sitúa la acción inicial de *El celoso extremeño*, una de sus novelas ejemplares. El anhelo de su personaje Felipe de Carrizales es

> pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores —a quienes llaman ciertos los peritos en el arte—, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos.

He ahí, en justas y precisas palabras, la idea que de América tenía Cervantes. De toda esa fauna, el solicitante ingresaba a la categoría de uno de esos "desesperados de España".

Supongamos que en lugar del *no* rotundo que lo lleva a continuar como proveedor de la Armada Invencible, casi un Sancho Panza de la gran odisea por él vivida en Lepanto, Cervantes recibe respuesta afirmativa a su solicitud.

Para reconstruir su posible llegada a México tenemos la investigación de José Luis Martínez. Cervantes era otro pasajero a las Indias. Para citar otra vez *El celoso extremeño*, en los anhelos de su protagonista vemos filtrarse los de su autor:

> En fin, llegado el tiempo en que una flota partía para Tierrafirme, acomodándose con el almirante de ella, aderezó su matalotaje y su mortaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendición a España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplaba; el cual, en pocas horas les encubrió la tierra y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Océano.

Muy distinta era la realidad a este optimismo de Cervantes. Para llegar a América, si el tiempo era bueno, eran precisos dos meses de navegación. Las circunstancias del trayecto eran penosas, ya se tratase de un personaje atendido por numerosa servidumbre, ya por un simple particular que debía llevar consigo bastimento y alimentación que sumaba cerca de los 800 kilos. Igualmente, el intrépido viajero debía sufrir las inclemencias de esa cárcel ambulante donde, como en las que padeció Cervantes en tierra firme, "toda incomodidad tiene su asiento y [...] todo triste ruido hace su habitación".

Cuando alcanza tierras americanas, el personaje de *El celoso extremeño* tiene 48 años, cinco más de los que Cervantes contaba al solicitar su traslado a las Indias. En la utopía que establece para su personaje, "en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia, alcanzó a tener más de ciento y cincuenta mil pesos ensayados". Acaso tal fuera el anhelo de Cervantes. En *El licenciado Vidriera*, aventura otro de sus presagios mexicanos al hacer la analogía de la capital de Nueva España con Venecia,

uno de los grandes lugares comunes del imaginario renacentista:

> ciudad que a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante; merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo.

Por lo que escribe y por lo que podemos deducir, la imaginación de Cervantes, que era mucha, debe haberse forjado una particular imagen de México. Además de testimonios escritos por cronistas que pasaron a Indias, o de quienes sin haberlo hecho escribieron sobre América, pudo haber conocido el mapa de la Ciudad de México de Alonso de Santa Cruz, que data de 1555.[2] Como advierte Serge Gruzinski, fue a partir de este mapa que la imaginación europea estableció, como Cervantes, la analogía entre Venecia y México. Miguel León-Portilla ve en él la inconfundible mano indígena. De ahí que, al contrario de cartografías donde la desbordada imaginación europea —finalmente, la mirada de *nosotros y los otros*— provoca representaciones inverosímiles, en el mapa citado la población, sobre todo la indígena, aparece en sus tareas cotidianas de pesca y caza. Asimismo, se representan los principales edificios: la Catedral, las Casas Reales, las numerosas acequias.

Finalmente, Cervantes no llevó a cabo la penosa navegación a las Indias. Pero unos cuantos meses después de publicada en España, la edición príncipe de *Don Quijote* sí logró hacerlo. La odisea de los libros a través del océano es

[2] El plano más antiguo de la urbe, atribuido a Durero, data de 1524, es decir, antes del nacimiento de Cervantes. Fue hecho conforme a las indicaciones enviadas por Hernán Cortés.

una hazaña tan alta como las llevadas a cabo por Cervantes y su personaje. Gracias a las cuidadosas y eruditas investigaciones de Francisco Rodríguez Marín en el Archivo de Indias, es posible establecer el instante en que tuvo lugar ese nuevo encuentro de dos mundos. Entre otras historias, Rodríguez Marín rescata una recogida por Ricardo Palma cuando era director de la Biblioteca Nacional del Perú. En 1605, el virrey Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca recibió de la nao proveniente de Acapulco un ejemplar de *Don Quijote* que le enviaba un amigo con entusiastas recomendaciones. Debido a que estaba muy enfermo, el virrey no pudo leerlo y lo entregó al clérigo fray Diego de Ojeda, quien no sólo lo leyó y lo encomió sino tuvo la clarividencia para colocarlo en la estantería de su convento. Con ese acto aparentemente inocuo, Ojeda combatía la serie de obstáculos que la inteligencia impresa tenía que librar antes de su llegada a los privilegiados lectores. Por Real Cédula de 1531, apenas diez años después de la caída de la gran Tenochtitlan, quedó vedado que llegaran a las Indias "libros de romance de historias vanas o de profanidad; como son de Amadis y otros desta calidad, porque éste es un mal ejercicio para los indios e cosa que no es bien que se ocupen y lean",[3] prohibición reiterada en 1596 en el *Libro primero de las provisiones y cédulas tocantes al buen gobierno de las Indias*. En otra de esas Reales Cédulas se subraya la aversión a libros de "mentirosas historias", pues alejan a los indios "de la Sagrada Escritura y otros libros de doctores". Para que los libros pudieran ingresar a una de las naos que los transportaban a América, era preciso llevarlos en cajas abiertas a la Casa de Contratación de Sevilla, donde había una oficina especial del Santo Oficio. No obstante las prohibiciones —o tal vez debido a ellas— muchos fueron los libros condenados que llevaron a cabo la travesía atlántica.

[3] Francisco Rodríguez Marín, *El Quijote y Don Quijote en América*, p. 16.

Digno de mención es el hecho de que en 1586, el librero sevillano Diego Mexía enviara a América dos ejemplares de *La Galatea* de Cervantes junto con *El caballero de Febo,* los cuatro libros de *Amadís de Gaula* y las *Hazañas de Bernardo del Carpio*. El punto culminante de las investigaciones de Rodríguez Marín señala: "En 25 de febrero de 1605, es decir, cinco o seis semanas después de haber salido a la luz pública la primera parte de esta obra inmortal, Pedro González Refolio presentaba a la Inquisición para su examen cuatro cajas de libros, en una de las cuales iban 5 Don Quixote".[4] Las cajas fueron registradas en el navío San Pedro y Nuestra Señora del Rosario, parte de la flota encabezada por don Francisco del Corral y Toledo.

¿Cómo era la Ciudad de México a la que llega por primera vez *Don Qujijote*? Podría afirmarse que en quince años una urbe no cambia radicalmente, pero en una época en la que la capital de Nueva España se afirmaba como gran metrópoli y cabeza del Imperio español en ultramar, las metamorfosis eran radicales. Entre 1590 y 1605, lapso entre los dos sueños cervantinos, cuatro son los virreyes que ejercen su poder en Nueva España: Álvaro Manrique de Zúñiga, Luis de Velasco hijo, el ya mencionado lector potencial del *Quijote,* Gaspar de Zúñiga y Acevedo, quien luego pasó a Perú, y Juan de Mendoza y Luna, marqués de Monteclaros, que gobernaba cuando llegó Don Quijote.

En 1605, el país llevaba más de medio siglo de tener Universidad e imprenta. Con la sabiduría de sus artesanos y sus profesores, tempranamente escribió, formó e imprimió sus propios libros de texto, como la *Dialectica Resolutio* de

[4] Francisco Rodríguez Marín, *Ibidem*, p. 40. A lo largo de 1605, 46 ejemplares del *Quijote* llegaron a América. El autor agrega que debe haberse tratado de la edición príncipe, pues aparece descrita como de un cuarto de pliego, como corresponde a las ediciones hechas en 1605, tanto la de Madrid, a cargo de Juan de la Cuesta, como la de Lisboa por Jorge Rodríguez.

fray Alonso de la Veracruz. Francisco Cervantes de Salazar, a quien debemos uno de los retratos más vívidos de la universidad mexicana, habla de este teólogo como si en él se resumieran las virtudes del caballero andante que Cervantes exigirá de su personaje: "[...] sujeto de mucha y vasta erudición, en quien compite la más alta virtud con la más exquisita y admirable doctrina [...] Según eso es un varón cabal, y he oído decir además que le adorna tan singular modestia, que estima a todos, a nadie desprecia, y siempre se tiene a sí mismo en puro".[5] La Real Universidad de México había tenido su acto fundacional el 25 de enero de 1553. Desde el principio, escriben Armando Pavón Romero y Enrique González González:

> Con independencia de los modelos concretos propuestos como posibles paradigmas: París, Salamanca, Granada, u otros, el debate remitía a la cuestión de si la nueva fundación sería organizada y regida en forma vertical, a tono con los dictados del naciente absolutismo, de la modernidad, o si llevaría la impronta salmantina, de origen medieval, con una poderosa corporación gobernándose a sí misma.[6]

Por lo que se refiere a la llegada de los libros a sus destinatarios, ésta no tenía lugar mediante su oferta en locales especializados. No existían, propiamente, librerías. Las bibliotecas colectivas eran sobre todo las pertenecientes a corporaciones religiosas; las que eran propiedad de particulares se formaban por voluntad de los eruditos y bibliófilos que se hallaban al tanto de lo que aparecía en el universo de la imprenta. Juana Zahar Vergara indica:

[5] Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554*, p. 10.

[6] Armando Pavón Romero y Enrique González González, "La primera universidad de México", en *Maravillas y curiosidades. Mundos inéditos de la Universidad*, UNAM, México, 2002, p. 39.

> En el transcurso del siglo XVI la venta de libros se practicaba entre particulares. En estas operaciones los libros pasaban de una mano a otra, del vendedor al intermediario y del intermediario al comprador, cuando lo había. Su destino final no era una librería, más bien eran las bibliotecas de los conventos.[7]

Un año antes de la llegada de *Don Quijote* a México, había aparecido *Grandeza mexicana*, un poema en octavas reales, escrito por el bachiller Bernardo de Balbuena, nacido en Valdepeñas pero formado en México. Su propósito era describir los esplendores de la capital a doña Isabel Tovar de Guzmán, viuda a punto de tomar los hábitos. El argumento del poema se halla contenido en la estrofa inicial:

> De la famosa México el asiento,
> origen y grandeza de edificios,
> caballos, calles, trato, cumplimiento,
> letras, virtudes, variedad de oficios,
> regalos, ocasiones de contento,
> primavera inmortal y sus indicios,
> gobierno ilustre, religión, estado,
> todo en este discurso está cifrado.

El poema no deja lugar a la duda en cuanto a la grandeza de la ciudad, esa que un viajero inglés, Thomas Gage, describirá como "una de las mayores del mundo considerada la extensión de las casas de los españoles y las de los indios".[8] Balbuena es un cantor del imperio concentrado en su joya allende el océano y exalta exclusivamente lo que le otorga esplendor. Sin embargo, no hay en el poema contrastes

[7] Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías de la Ciudad de México*, p. 9.

[8] Serge Gruzinski, "México en los albores del siglo XVII. Una capital en la primera globalización", en *Historia de la ciudad de México en los fines de siglo*, Carso, México, p. 60.

humanos ni pasiones comunes. Faltan sangre, sudor y lágrimas. La monumentalidad de los edificios, las bondades del clima, la armonía urbana parecen vivir independientemente de sus habitantes. Cervantes, viejo lobo, hubiera comprendido que había otra historia, marginal y secreta, del mismo modo en que la Sevilla de su tiempo, la Nueva Roma, como era conocida, ofrecía sus fulgores a los privilegiados y propiciaba el surgimiento de una rica corte de los milagros. Por fortuna y como contraparte al poema de Balbuena, ese mismo 1604 un poeta anónimo, recogido por Dorantes de Carranza en su *Sumaria relación...*, daba en exactas pinceladas otro retrato de la Nueva España a través de su colorida fauna:

Minas sin plata, sin verdad mineros,
mercaderes por ellas codiciosos,
caballeros de serlo deseosos,
con mucha presunción bodegoneros.
Mujeres que se venden por dineros,
dejando a los mejores muy quejosos;
calles, casas, caballos muy hermosos;
muchos amigos, pocos verdaderos.
Negros que no obedecen a sus señores;
señores que no mandan en su casa;
jugando sus mujeres noche y día;
colgados del virrey mil pretensores;
tïanguis, almoneda, behetría...
Aquesto, en suma, en esta ciudad pasa.[9]

Como señala uno de los versos anteriores, la capital de Nueva España pululaba de pretensores que se acercaban al virrey con objeto de obtener una alta posición, amparados no

[9] Emmanuel Carballo y José Luis Martínez (comps.), *Páginas sobre la Ciudad de México*, p. 85.

en sus luces ni méritos propios sino en ser descendientes de los primeros conquistadores. Compárese esta soberbia con la carta antes citada donde Cervantes invoca sus servicios. Como caballero y soldado, exige humildemente —y cabe el oximoron— reconocimiento y respeto a sus servicios. Es lo único que anhelará Don Quijote no tanto para él como para la andante caballería que representa. Al menos un lecho donde pasar la noche y dar reposo a sus molidos huesos, pues tal es la condición en que quedan después de cada aventura.

La Ciudad de México a la que llegan Don Quijote y Sancho Panza tenía una plaza mayor, escribe el otro Cervantes, el de Salazar, "tan amplia que no sea preciso llevar nada a otra parte; pues lo que para Roma eran los mercados de cerdos, legumbres y bueyes, y las plazas Livia, Julia, Aurelia y Cupedinis, ésta sola lo es para México".[10] Rodaban en sus calles 15 mil carrozas para una población de 40 mil españoles. "La población mixta, compuesta de hijos de españoles y de indios, era ya considerable en las diversas provincias."[11] El virreinato, desde fines del siglo XVI, nivelaba calles, derribaba casas que estorbaban el paso y "quitaba del tránsito todo lo que juzgaban contrario al ornato y la comodidad pública".[12]

El año en que Don Quijote y Sancho cabalgaron por México, la ciudad centraba su preocupación en mantenerse a salvo de las inundaciones. Un cuarto de siglo más tarde, una sin precedente habría de acabar prácticamente con ella. En previsión a ese futuro e inminente desastre, el virrey ordenó que ese 1605 fueran empedradas las calzadas de Chapultepec, San Cristóbal y Guadalupe, mientras emprendía la limpieza de las acequias. Uno de los superintendentes de tales obras fue Juan de Torquemada, autor de *Monarquía indiana*, sumario de la cultura de los antiguos mexicanos.

[10] Cervantes de Salazar, *op. cit.*, pp. 26-27.
[11] Niceto de Zamacois, *Historia de México*, t. V, cap. VII, p. 259.
[12] *Ibidem*, p. 244.

Mientras el afortunado lector se enteraba de la condición y ejercicio del ilustre hidalgo, el virrey recibió una cédula de Felipe III en la cual se decretaba que los indígenas podían volver a sus antiguos asentamientos y ya no tenían que estar concentrados en pueblos, hecho que había facilitado la dominación y el buen gobierno que se había llevado a cabo en años precedentes. Los cajones que transportaban los ejemplares de *Don Quijote* desde Acapulco a México eran testigos, como antes lo había sido el virrey, de que "por espacio de ochenta leguas había visto las mejores campiñas y tierra más doblada y fértil que el pensamiento pudiera trazar, sin que en ellas hubiese descubierto tan solamente una cabeza de ganado".[13]

En el mercado, Don Quijote y Sancho hubieran encontrado una variedad de olores, colores y sabores inéditos. Así los describe el otro Cervantes:

> ají, frijoles, aguacates, guayabas, mameyes, zapotes, camotes, xocotes y otras producciones [...] el *zoquitl* o *quahtepuztli*, muy propio para teñir de negro los cabellos y matar los piojos [...] medicinas desconocidas a Hipócrates, Avicena, Dioscórides y Galeno [...] semillas de virtudes varias, como chía, *guahtli*, y mil clases de hierbas y raíces, como son el *iztapactli*, que evacua las flemas; el *tlacacahuatl* y el *izticpatli*, que quitan las calenturas; el *culuzizicaztli*, que despeja la cabeza, y el *ololiuhqui*, que sana las llagas y heridas solapadas.[14]

Don Quijote y Sancho entraron, literariamente, en pocas y selectas casas. El libro que la censura hubiera calificado de *mentirosa historia*, no se insertaba en el esquema aristotélico de los géneros canónicos pero sí en la risa como actividad propia de los humanos, según el anhelo de Rabelais.

[13] *Ibidem*, p. 257.
[14] Cervantes de Salazar, *op. cit.*, pp. 50-52.

Del mismo modo en que las novelas de caballería acuñaron los topónimos California y Calafia, puntos de la geografía que aún en el siglo xx Fernando Jordán llamara *el otro México*,[15] la solicitud de Cervantes para viajar a las Indias redobla la atención hacia uno de los enclaves más misteriosos y sugerentes de la geografía americana. "Pese a los siglos, el Soconusco, lugar del imaginario gobierno de Cervantes [situado entre Chiapas y Guatemala] y fruto de disputas territoriales, prevalece como una región poco conocida, lo mismo que su historia y su devenir." El proyecto *El Soconusco cervantino: cartografía de una encomienda imaginaria* tiene previstas dos fases:

> [...] primero, recabar en el Archivo General de la Nación, además de otras instituciones archivísticas nacionales y extranjeras, los planos y mapas del territorio del Soconusco para integrar una cartografía histórica; segundo, el rescate y la organización de archivos municipales de la región chiapaneca del Soconusco, con el propósito de recuperar la memoria documental indispensable para construir su historia.[16]

Las sorpresas de semejante indagación serán gratas al historiador y al poeta. Hace más de cuatrocientos años Don Quijote llegó a México. Ese 1605, presionado por el rey, por pretensores y por una sociedad que no terminaba de integrarse, el virrey, por orden expresa de Felipe III, determinó que los indígenas "de veinte leguas en contorno de la Ciudad de México" dejaran de entregar el tributo de una gallina

[15] En las *Sergas del virtuoso caballero Esplandián, hijo de Amadís de Gaula*, de Garci Ordónez de Montalvo, aparecida en 1610, se habla de una isla llamada California, "la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún hombre entre ellas hubiese". Baja California, en territorio mexicano, no es una isla sino una península, pero su geografía estuvo indefinida a lo largo de muchos años. Véase Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la antigua California*, p. 38.

[16] *El Soconusco cervantino, op. cit.*

diaria a que estaban sometidos, gallina que representaba, seguramente, "las tres cuartas partes de su hacienda". Casi cuatro siglos después, semejante desigualdad social, paliada por medidas populistas, provocó la rebelión chiapaneca, cerca del Soconusco austral, que mucho hubiera entusiasmado a Don Quijote en su avidez de deshacer entuertos. Más que lo históricamente comprobable, lo simbólicamente verdadero, pedía Jorge Luis Borges. En el territorio llamado Miguel de Cervantes, ambas aseveraciones se vuelven una sola.

II. UN TENIENTE DE DRAGONES Y UN ALABARDERO

Un mapa es testimonio gráfico de un fragmento del mundo transformado por voluntad del explorador, el guerrero, el utopista o el colono. Desde el tramado de cuerdas y semillas utilizado por los primeros navegantes para dar fe de su paso por las aguas hasta los grabados en metal que permitieron la emergencia de luces y de sombras, un mapa es la tierra domesticada, el planeta puesto ante los ojos experimentados del geógrafo o el asombro no menos auténtico del profano. El mapa es un tesoro más importante que el tesoro, como descubre paulatinamente el adolescente Jim Hawkins en rituales de paso que aceleradamente lo transforman en hombre. Más que promesa de aventura, el mapa es la aventura en sí: viaje de la imaginación. Conquista objetiva de la realidad.

Ciudad imaginada desde antes de su fundación, México ha pasado por todas las formas de representación cartográfica, desde los jeroglíficos sobre amate hasta el papel de trama y sello de agua cuyo nombre rinde homenaje a la ciudad de Fabriano. En las postrimerías del siglo XVIII fue levantado, dibujado e impreso el mapa de la Ciudad de México que la posteridad conoce como el plano del teniente coronel de dragones Diego García Conde y que es una verdadera anatomía de nuestro animal urbano de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Aquella ciudad, cuyos esplendores aún subsisten, rodeados de la confederación de tribus —con códigos y leyes específicas— que integran la actual megalópolis.

"Una ciudad cambia más rápidamente que el corazón de un hombre", escribió el primer poeta que transformó la ciudad en emblema de la poesía moderna. Así se expresaba

Charles Baudelaire al hablar de un París modificado de un día al otro por la piqueta implacable del barón de Haussman y por una revolución industrial que aislaba al individuo y privilegiaba la mercancía. No puede afirmarse lo mismo de la Ciudad de México de finales del siglo XVIII y principios del XIX, esa ciudad que, como en la utopía de Voltaire, creía vivir en el mejor de los mundos posibles. Aunque fundamentales resultaron las modificaciones urbanas llevadas a cabo por el virrey de Revillagigedo, en general el plano levantado por García Conde trata de representar una ciudad no en el presente sino, como nota Alejandra Moreno Toscano, hacia el futuro. Es la ciudad del orden y la geometría, la ciudad de la razón rodeada por los barrios tradicionales, rebeldes y caóticos, que habían sido la esencia de la ciudad primigenia. En su historia de la Ciudad de México, Serge Gruzinski titula "Luces en la ciudad" al capítulo dedicado a la urbe de finales del siglo XVIII. Para él, nuestra ciudad fue entonces el laboratorio más importante del despotismo ilustrado y el último bastión cultural de un tiempo imperial que rodaba por el plano inclinado. Es la representación cartográfica de una ciudad que, ante propios y ajenos, subraya el orgullo de representar a la ciudad más próspera y cultivada de este lado del océano. En 1768, Juan Manuel de San Vicente resumía en el título de su libro este carácter hiperbólico de la urbe: *Exacta descripción de la magnífica Corte Mexicana, cabeza del nuevo americano mundo, significada por sus esenciales partes, para el bastante conocimiento de su grandeza.*

En el Siglo de las Luces, resulta significativa la inexistencia de testimonios poéticos sobre la ciudad. En general, la poesía se supeditaba a circunstancias extraordinarias o acontecimientos urbanos tales como la entrada de un nuevo virrey. Rígida en sus formas neoclásicas, la poesía era, en el peor de los sentidos, palaciega. En cambio, son numerosos los textos en prosa que dan testimonio de la ciudad.

Uno de los más conocidos es la *Breve y compendiosa narración de la Ciudad de México*, escrita en 1777 por el bachiller Juan de Viera, cuyo manuscrito custodia nuestra Biblioteca Nacional. Común a tales textos es el elogio a la ciudad en sus edificios, sus casas, sus alrededores. Inclusive afirma el Barón de Humboldt: "Ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar las de Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandiosos y sólidos como la capital de Méjico, y me bastará con citar aquí la escuela de minas dirigida por el sabio Elhuyar, el jardín botánico y la academia de las nobles artes". Es a fines del siglo XVIII cuando en la Ciudad de México surgen hitos señalados por Humboldt, que aún usufructuamos en este siglo XXI: el Palacio de Minería, emblema de la ciencia; la antigua Tabacalera en la Ciudadela, símbolo del poderío industrial; la escultura ecuestre de Carlos IV, primera que representaba a un personaje civil.

*

A la pluma de un soldado se debe la historia más vívida del choque entre dos culturas que trajo consigo la caída de Tenochtitlan y el fin de un imperio de este lado del mar. En su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo no sólo es autor de algunos de los principales puntos de partida para la reconstrucción directa de los hechos; también ha pasado a los anales como el rescatador de la persona del héroe anónimo, el que no alcanzó la nómina ilustre de los conquistadores. De la misma manera, y en las postrimerías del imperio tres veces secular, y cuyo nacimiento atestiguó Díaz del Castillo, otro hombre de armas, de nombre José Gómez, decidió cultivar el discurso de las letras para consignar los hechos más relevantes del diario acontecer.

En uno de sus cuentos del padre Brown, el dos veces grande Chesterton reflexiona, a través de su voz narrativa,

sobre la importancia de ser alguien y ser nadie. "¿Está seguro de que nadie ha pasado por aquí?", pregunta el detective. "Nadie, señor." A la segunda inquisición, el interpelado responde: "Bueno, solamente el carbonero, el limpiador de chimeneas. O sea, nadie". Ser nadie es una de las armas más eficaces para llevar a cabo acciones privadas que, si existen las condiciones, se transforman en hechos públicos. José Gómez fue uno de esos servidores que, refugiados en su anonimato, decidió escribir una obra actualmente esencial para el conocimiento de una época, para sus *enormes minucias* —otra vez Chesterton— y sus trascendentes sucesos. Gracias a la paciente y profunda labor histórica y paleográfica de Ignacio González-Polo es posible tener la versión integra del *Diario de sucesos de México*, que da testimonio del periodo 1776-1798, es decir, "durante buena parte del gobierno del virrey Bucareli hasta la llegada y toma de posesión del virrey Miguel José de Azanza". Igualmente, gracias a sus indagaciones es que ahora tenemos alguna información sobre ese cabo de alabarderos que decidió dar testimonio directo de lo que sus ojos vieron. El original de tal obra se encuentra en la Biblioteca Nacional, dependiente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, que antes había dado a la luz la obra parcial de José Gómez, en edición del propio González-Polo.[1]

José Gómez fue un hombre del virreinato y se sintió orgulloso de servirlo, como orgulloso se manifestaba particularmente de pertenecer al cuerpo de alabarderos. De ahí que le resulte tan importante el registro de las entradas de los sucesivos virreyes como el deceso y el funeral de sus compañeros de corporación. Sin embargo, no puede ni quiere evitar la expresión espontánea de hechos acaecidos a su

[1] José Gómez, *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, versión paleográfica, introducción, notas y bibliografía por Ignacio González-Polo, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1986.

persona. De tal modo consigna: "El día 17 de julio de 1790, me saqué la lotería en el número 5 143, y me saqué 10 pesos y 50 reales, y fue siendo virrey el conde de Revillagigedo". La importancia de José Gómez ha sido señalada por historiadores desde Manuel Orozco y Berra hasta Guillermo Tovar y de Teresa. En su libro *La Ciudad de México*, Serge Gruzinski apunta: "Con el apoyo del virrey Revillagigedo, el arquitecto en jefe de la ciudad —el maestro mayor don Ignacio Castera— también acometió a la antigua ciudad. En cinco años el virrey propuso a la Ciudad de México lo que Carlos III realizaba en Madrid con la ayuda de Sabatini. El testimonio del español José Gómez es elocuente".[2]

Gómez vive y registra la vida pública de una ciudad en plena transformación, capital de un virreinato que producía las dos terceras partes de la plata americana. Gómez camina y suda y ama en la ciudad registrada en el mapa de García Conde. Trazado en 1793, sale de las prensas hasta 1807. En esos 14 años, la Ciudad de México experimenta la administración de cinco diferentes virreyes que llevan al espejo del país que es la capital a la cima de su esplendor material.

Bajo los signos de Tauro y Leo; con Saturno como planeta dominante y su ascendente Capricornio, la capital contaba con 140 mil habitantes dividida en nueve cuarteles, con objeto de una mayor organización y para combatir mejor a la delincuencia, que en la persona de Joaquín Dongo y su familia habían opacado los primeros días de la administración del siempre bien recordado virrey de Revillagigedo; ciudad que continuaba fiel a uno de los versos escritos al principio del siglo XVII por Bernardo de Balbuena: *primavera inmortal y sus indicios*. Con temperaturas de 14 grados en invierno y de 24 a la sombra durante el verano, la capital era la emulación del paraíso, no obstante las emanaciones

[2] Serge Gruzinski. *La Ciudad de México*, traducción de Paula López Caballero, FCE, México, 2004, p. 111.

sobre la importancia de ser alguien y ser nadie. "¿Está seguro de que nadie ha pasado por aquí?", pregunta el detective. "Nadie, señor." A la segunda inquisición, el interpelado responde: "Bueno, solamente el carbonero, el limpiador de chimeneas. O sea, nadie". Ser nadie es una de las armas más eficaces para llevar a cabo acciones privadas que, si existen las condiciones, se transforman en hechos públicos. José Gómez fue uno de esos servidores que, refugiados en su anonimato, decidió escribir una obra actualmente esencial para el conocimiento de una época, para sus *enormes minucias* —otra vez Chesterton— y sus trascendentes sucesos. Gracias a la paciente y profunda labor histórica y paleográfica de Ignacio González-Polo es posible tener la versión integra del *Diario de sucesos de México*, que da testimonio del periodo 1776-1798, es decir, "durante buena parte del gobierno del virrey Bucareli hasta la llegada y toma de posesión del virrey Miguel José de Azanza". Igualmente, gracias a sus indagaciones es que ahora tenemos alguna información sobre ese cabo de alabarderos que decidió dar testimonio directo de lo que sus ojos vieron. El original de tal obra se encuentra en la Biblioteca Nacional, dependiente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, que antes había dado a la luz la obra parcial de José Gómez, en edición del propio González-Polo.[1]

José Gómez fue un hombre del virreinato y se sintió orgulloso de servirlo, como orgulloso se manifestaba particularmente de pertenecer al cuerpo de alabarderos. De ahí que le resulte tan importante el registro de las entradas de los sucesivos virreyes como el deceso y el funeral de sus compañeros de corporación. Sin embargo, no puede ni quiere evitar la expresión espontánea de hechos acaecidos a su

[1] José Gómez, *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, versión paleográfica, introducción, notas y bibliografía por Ignacio González-Polo, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1986.

persona. De tal modo consigna: "El día 17 de julio de 1790, me saqué la lotería en el número 5 143, y me saqué 10 pesos y 50 reales, y fue siendo virrey el conde de Revillagigedo". La importancia de José Gómez ha sido señalada por historiadores desde Manuel Orozco y Berra hasta Guillermo Tovar y de Teresa. En su libro *La Ciudad de México*, Serge Gruzinski apunta: "Con el apoyo del virrey Revillagigedo, el arquitecto en jefe de la ciudad —el maestro mayor don Ignacio Castera— también acometió a la antigua ciudad. En cinco años el virrey propuso a la Ciudad de México lo que Carlos III realizaba en Madrid con la ayuda de Sabatini. El testimonio del español José Gómez es elocuente".[2]

Gómez vive y registra la vida pública de una ciudad en plena transformación, capital de un virreinato que producía las dos terceras partes de la plata americana. Gómez camina y suda y ama en la ciudad registrada en el mapa de García Conde. Trazado en 1793, sale de las prensas hasta 1807. En esos 14 años, la Ciudad de México experimenta la administración de cinco diferentes virreyes que llevan al espejo del país que es la capital a la cima de su esplendor material.

Bajo los signos de Tauro y Leo; con Saturno como planeta dominante y su ascendente Capricornio, la capital contaba con 140 mil habitantes dividida en nueve cuarteles, con objeto de una mayor organización y para combatir mejor a la delincuencia, que en la persona de Joaquín Dongo y su familia habían opacado los primeros días de la administración del siempre bien recordado virrey de Revillagigedo; ciudad que continuaba fiel a uno de los versos escritos al principio del siglo XVII por Bernardo de Balbuena: *primavera inmortal y sus indicios*. Con temperaturas de 14 grados en invierno y de 24 a la sombra durante el verano, la capital era la emulación del paraíso, no obstante las emanaciones

[2] Serge Gruzinski. *La Ciudad de México*, traducción de Paula López Caballero, FCE, México, 2004, p. 111.

malsanas de un aire cuyos efluvios contrastaban con la inverosímil transparencia del aire; ciudad de ordenanzas que trataba de imponer una armonía racionalista a la exuberancia y laxitud del criollo; ciudad que calificaba a los infractores de la ley menos severa de "inútiles y nocivos"; ciudad donde sonaban, aun en las altas horas, las prensas de don Felipe de Zúñiga y Ontiveros en la calle del Espíritu Santo para contribuir a la edad de oro de la tipografía; ciudad contradictoria que en nombre de la salud pública privilegiaba la matanza de perros pero al mismo tiempo instalaba bebederos para esos usuarios directos y primigenios de la calle. Ciudad que combatía la difusión de las ideas revolucionarias francesas pero otorgaba mayor atención a la mujer, desde que en 1767 se habían abierto las puertas del Colegio de San Ignacio de las Vizcaínas; ciudad que, obediente a la ordenanza del alumbrado, mantenía sin encender sus 1 166 faroles ante la llegada de la luna llena. Ciudad que fomentaba la existencia de más pulquerías que centros de enseñanza y sabía utilizar la energía de sus devotos, recogiéndolos de la calle, colocándoles un argolla en el pie y obligándolos a trabajar tres días en la limpieza de las calles; ciudad que de manera unánime, en todas sus castas y estratos sociales, participaba del Paseo del Pendón, el 13 de agosto, día de San Hipólito, como emblema de la caída de Tenochtitlan y principio de una era que dejaba atrás la idolatría pagana e inauguraba el progreso, la religión y la unidad, mientras las monumentales piedras aztecas emergían para asombro de los pobladores y placer de los pioneros arqueólogos; ciudad de palacios civiles cuyo espacio fue modificado por la trinidad arquitectónica Castera, Tolsá y Guerrero y Torres; ciudad de cúpulas bajo las cuales sonaba la música de Antonio Jerusalén, o en cuyos muros colgaban las pinturas de Rafael Cabrera; ciudad que veía la aparición de las gacetas que transformaban a los lectores en practicantes de la oración matutina del hombre civilizado; ciudad velei-

dosa y bullanguera, que celebró ritualmente la dedicación de la escultura ecuestre que inmediatamente bautizó con el diminutivo *Caballito*, con la misma vehemencia con la cual la cubrirá y la denigrará más tarde, ante la entrada triunfal del Ejército Trigarante.

Tanto el plano de García Conde como el diario de José Gómez son documentos dramáticos de nuestra historia pues retratan una ciudad en el esplendor de su dominio y, al mismo tiempo, a punto de ser radicalmente transformada por un nuevo orden. Los años transcurridos entre el levantamiento del plano, en 1793, y el de su impresión, en 1807, habían atestiguado sucesos que parecían imprimir en la capital una imagen en apariencia inmutable. El traslado de los huesos de Hernán Cortés, en 1794, a la iglesia del Hospital de Jesús Nazareno; el simulacro de batalla campal que, para despertar el espíritu bélico contra los ingleses había encabezado personalmente en 1805 el virrey Iturrigaray, parecían subrayar la idea de Carlos María de Bustamante en el sentido de que aquélla era "una de las más venturosas [épocas] que había vivido México".

Sin embargo, el carácter particular del diario de José Gómez es el de haber sido escrito por la propia voluntad de su autor. Soltero y sin hijos, concentró sus energías en dar testimonio de días y horas de México, particularmente de su capital. La importancia de los diarios para la reconstrucción de una época la da uno de sus más notables cultivadores, el inglés Samuel Pepys (1633-1703), que entre los años 27 y 36 de su edad dio el testimonio más notable para el conocimiento de la historia de su país. Hoy, el *Diario* de Pepys es considerada una de las obras centrales de la literatura inglesa. Más modestamente, como hombre no ilustrado pero como hombre de la Ilustración, el cabo de alabarderos José Gómez contribuyó a marcar las piedras miliares de fines del siglo XVIII, desde la visión de un particular, en un instante dramático de la historia cuando la primera perso-

na estaba a punto de saltar al escenario. Su registro de los hechos es objetivo y escueto. Pero las posibilidades de explotación de sus lectores —el novelista, el historiador, el urbanista— son inmensas.

El último día de diciembre de 1807, año de la aparición del plano de García Conde, la *Gazeta de México* informaba sobre el despertar de la urbe con la artillería que así celebraba la reconquista por España del Río de la Plata, de manos de los ingleses. Se informaba además sobre el aumento de canónigos en la catedral de Guadalajara y sobre la llegada de la goleta americana *Guillermina María* a Veracruz y la salida de Campeche, rumbo a Baltimore, del barco *Hook*, con 150 quintales de palo de tinte de Campeche. El imperio y el virreinato parecían dormir en paz, satisfechos con los rituales que garantizaban su solidez, mientras en Dolores, el párroco que en 1773 había recibido en la Muy Noble y Leal Ciudad de México el grado de bachiller en teología, daba fe del matrimonio de dos indígenas en el libro del curato, antes de dedicar las últimas horas del día a la lectura de la *Enciclopedia* de Diderot, precisamente el volumen correspondiente al tema de artillería, donde se detallaban los pasos necesarios para construir un cañón.

III. ELOGIO DEL VIAJERO ILUMINADO

En el otoño de 1797, Alexander von Humboldt se encuentra en Salzburgo. Con su habitual y febril capacidad de trabajo, se sumerge en la literatura de viajes existente en la biblioteca de Moll. Instante de su vida particularmente dramático, pues su propio y postergado destino viajero, entre puntos tan opuestos como Egipto y el Polo Norte, está siendo decidido por la manera en que las piezas se mueven en el tablero geopolítico que transforma un hombre llamado Napoleón Bonaparte, nacido el mismo año que Humboldt. Sin saberlo a ciencia cierta en ese instante, el joven sabio se hallaba en el preludio de su gran aventura americana, y se nutría en relatos cuyo común denominador era el asombro ante el exotismo, la vanidad de describir un mundo inédito y, por lo tanto, descubrirlo. Desde entonces, a través de esos impresos en diversas lenguas, escritos por viajeros de distintas nacionalidades y con intereses que iban del enriquecimiento a la conquista, de la filantropía al poder, el joven naturalista esbozó una idea de América que habría de modificar radicalmente la forma de percepción de ese continente pero también del mundo entero.

Abierto a todas las sorpresas, el extranjero que explora tierras inéditas es proclive tanto a la inmediata declaración de amor como al desprecio injustificado. En la urgencia por rendir testimonios de sus emociones y hallazgos que él considera únicos, repite lugares comunes o forja la metáfora indeleble que moldea la percepción futura. ¿Cuáles son los elementos que hacen única la poética viajera de Humboldt, que lo llevan a forjar un nuevo estilo, del mismo modo en que